



Umberto Eco:

Kant y el ornitorrinco.

Luis Eduardo Cortés Riera.

cronistadecaora@gmail.com

Si al eminente filósofo de Königsberg le hubieran llevado a su estudio un ornitorrinco lo más seguro es que su inmenso y firme sistema filosófico se hubiese derrumbado o hubiese sufrido serios daños. Este animalejo extraño fue descubierto en Australia a fines del siglo XVIII, centuria donde Kant era indiscutida estrella de la Ilustración.

En un primer momento se le denominó a aquel extraño animal *watermole* (Desman), *duck-mole, duckbilled platypus, schnabentier*. Las comunidades de naturalistas de Inglaterra no creen lo que están viendo al examinar en 1799 un ejemplar disecado. ¡Se trata de una broma de un taxidermista!, exclama uno de ellos. Tenían razón en dudar, pues en aquella época se conocían diabólicos taxidermistas chinos habilísimos en injertar, por ejemplo, una cola de pez en cuerpos de monos para crear monstruos sirenoides. Pero no identifican fraude alguno y admiten que es un animal desconocido, que no tienen medios de reconocerlo, y preferirían pensar que no existe. Ni los sistemas clasificatorios de Linneo (1707-1778) ni de Buffon (1707-1788) logran darle una ubicación. Es un animal, dice un *Diccionario de cuadrúpedos* de la época, de triple naturaleza, de pez, de pájaro, de cuadrúpedo. No posee glándulas mamarias y por consiguiente no es un mamífero al no tener pezones. Su aparato reproductor es el de un animal OVIPARO. Se dudó de que sus huevos eran suyos y se decía que su pico era injertado por hábiles taxidermistas. El veneno de las patas traseras agrega más perplejidad e incertidumbre al asunto.

Kant y el ornitorrinco.

Cuando el animalejo llega a Occidente ya Emmanuel Kant había escrito sus obras, donde demuestra que no es la mente la que se adapta a los objetos, sino que los objetos se adaptan a las estructuras de la mente, un auténtico giro copernicano, y estaba en fase de obnubilación mental dada su avanzada edad y fallecerá en 1804. Cuando se decide por fin que el ornitorrinco es un mamífero que pone huevos, Kant lleva 80 años de muerto. Casi un siglo de vacilación epistémica y que muestra los límites de nuestras categorías de conocimiento.

El semiólogo y literato italiano Umberto Eco (Alesandria,1932- Milán, 2016) en su obra con curioso y llamativo título *Kant y el ornitorrinco*. Lumen, 488 páginas (1997) realiza un experimento mental que consiste en imaginar qué hubiera hecho Kant ante la presencia del ornitorrinco. Le hubiese pasado algo similar a lo sucedido con Aristóteles cuando no pudo colocar al camello entre

los rumiantes, cuando Marco Polo dice que el rinoceronte es un unicornio, o como cuando los aztecas y Moctezuma no pudieron comprender los caballos y sus jinetes, o la crisis de conciencia que provoca la llegada a Lisboa de un rinoceronte en el siglo XVI, y los cisnes negros que llegaron en 1804 a Europa. Kant se encuentra con un concepto explosivo entre las manos que lo obliga a ir más allá: hacia la *Critica de juicio,* precisamente.

Habría tenido Kant, afirma Eco, la intuición, parecida a la del paleoantropólogo estadounidense Stephen Jay Gould (1941-2002), de una multiplicidad de rasgos que lo obligaban a construir el esquema de un ser autónomo, que no se movía por fuerzas externas, que exhibía la coordinación de sus propios movimientos, una relación orgánica y funcional entre pico (que le permite alimentarse), patas (que le permiten nadar), cabeza, tronco y cola. La animalidad del objeto se le habría propuesto como elemento fundador del esquema perceptivo, no como atribución abstracta sucesiva (que no habría hecho sino ratificar conceptualmente lo que el esquema ya contenía). Habría dicho que es una obra maestra, un ejemplo fantástico de adaptación ambiental, que ha permitido a un mamífero sobrevivir y prosperar en los ríos. Pero Kant no respondió a la pregunta de cómo se forman los nuevos conceptos.

El ornitorrinco después de Kant.

Ochenta años después del fallecimiento de Kant sucedió cuando finalmente, en 1884, y después de una larga negociación, se da fin a la controversia en torno al animal australiano: es un mamífero que pone huevos. No fue nada fácil llegar a esta conclusión aceptada por los naturalistas europeos a fines del siglo XIX. Charles Darwin (1809-1882) no duda en ningún momento de sus teorías a causa de este animalejo, sino que por el contrario las afirma y las refuerza. La secuencia moderna del genoma del ornitorrinco confirma las teorías de Darwin, que su mezcla de rasgos encaja perfectamente en la teoría evolutiva. La naturaleza no encaja en categorías rígidas.



Dos años después de la muerte Charles Darwin, en 1884, llega desde Australia un famoso telegrama enviado por el naturalista W. H. Caldwell, donde de manera muy breve escribe*:" Monotremes oviparous meroblastic",* donde se establece que la modalidad de escisión de las células es típica de reptiles y pájaros. ¿Cuál es la moraleja de la historia? En primera instancia, dice Eco, podríamos decir que se trata de un ejemplo espléndido de cómo unos enunciados de observación pueden ser emitidos sólo a la luz de un cuadro conceptual o una teoría que les dé sentido, es decir, que el primer intento de entender lo que se ve es encuadrar la experiencia en un sistema categorial previo (como es el caso de Marco Polo y los rinocerontes). La historia del ornitorrinco serviría para demostrar entonces que, en última instancia, los hechos vencen sobre las teorías.

Los naturalistas europeos, durante más de ochenta años, no estuvieron de acuerdo en nada, salvo de que hablaban de "ese" bicho hecho así y asá, cuyos ejemplares se iban reconociendo poco a poco. Ese bicho podía ser o no ser un MAMÍFERO, un PÁJARO, un REPTIL, sin que dejara de ser, sin embargo, ese condenadísimo bicho que, como había observado Lesson en 1839, se cruzaba en la senda del método taxonómico para probar su falacia. Fin de la controversia: los monotremas son MAMÍFEROS y ovíparos. La necesidad de categorizar, escribe Eco, desenfrena la fantasía de los hombres de ciencia.

La historia del ornitorrinco es la historia de una larga *negociación* y, en ese sentido, es ejemplar. No había una base para la negociación, y era que el ornitorrinco se parecía a un castor, a un pato, a un topo, pero no a un gato, a un elefante, o a un avestruz. Si hay que rendirse a la evidencia de que hay un componente icónico de la percepción, la historia del ornitorrinco nos lo dice.

Quien quiera que lo viera, o que viera un dibujo (arriba, de 1867) o un ejemplar disecado o en formol, se remitiría a un TC (teoría de la comunicación) común.

Todo nos indica que las categorías kantianas, los conceptos puros a priori del entendimiento humano, estuvieron marcadas por el desconcierto y estuvieron al garete durante 85 años, gracias a este tímido animalito nocturno, casi ciego, semiacuático, endémico, que vive al Este de la lejana Australia, que nos hizo, sin proponérselo, crear a empujones y durante una larga jornada una nueva categoría taxonómica: *Ornithorhynchus anatinus*.

Carora,

Estado Lara,

República Bolivariana de Venezuela,

lunes 5 de octubre de 2026.